

## Reseña

Jaime Alfonso Mendoza

### Los periodistas: de poder a poder

Con el fondo de "el golpe a *Excélsior*", ocurrido el 8 de julio de 1976, el novelista, dramaturgo y periodista Vicente Leñero (nacido en 1933), ha construido un libro testimonial que, afirma también es una novela: *Los periodistas* (Editorial Joaquín Mortiz, México, 1978. 412 páginas), obra en la que, no sólo por el fondo manifestado, sino por lo que el título sugiere y el contenido da a conocer, va a describir el modo de ser de la prensa, el periodismo y los periodistas en México.

Los personajes serán, además de los protagonistas visibles de este hecho real, y a quienes cita el autor por sus propios nombres, los que estuvieron atrás de éste, y en medio de todos ellos, temáticamente, la libertad de expresión, la corrupción, la ambición, la mediocridad, la traición, etcétera, que rondan en ese y otros medios de nuestro país.

Desde ahora podemos anticipar que el libro será un éxito editorial (cuando escribo estas páginas me entero que la primera edición se ha agotado), primero porque los protagonistas, junto con sus amigos y enemigos, querrán enterarse de cómo son (mal) tratados por Vicente Leñero (la novela contiene un "índice de nombres" de dieciséis páginas, cada una con 33 nombres en promedio, lo que da un total de 528 nombres); segundo, porque el golpe no pasó de ninguna manera inadvertido para un buen número de lectores consuetudinarios de *Excélsior* y tercero porque Leñero debe ya tener su público después de cerca de veinte años como narrador (y premio internacional de novela de la editorial Seix Barral, 1963). El libro provocará controversia, según la posición actual de cada uno de los implicados (¿habrá demandas por difamación contra Leñero?) y los sentimientos de los sectores y opinantes que nunca faltan, como este reseñista; en suma, el libro será leído, y esto es lo que importa, pues a pesar del muy bien surtido muestrario de procedimientos narrativos el libro se deja leer y, por momentos, es difícil soltarlo.

Sin embargo no vamos a dedicar nuestra reseña a las cuestiones antes aludidas sino a analizar, así sea someramente, lo que creemos más importante: las implicaciones que tiene en México el ejercicio del periodismo en su relación con el Estado así como a indagar a que género pertenece este último libro de Vicente Leñero y, en medio de éstos, cuál es la posición del autor ante los hechos que describe y narra.

### *Primero versus cuarto poder*

Al aceptado lugar común que dice que en México la libertad de expresión está mediatizada en tanto:

a) El Estado distribuya y venda el papel a través de un organismo paraestatal, y

b) Los intereses de los periodistas-empresarios prevalezcan sobre cualquier otro interés, Leñero añade algunos más, entre otros:

c) El gobierno está atento y evalúa el peso de lo que se dice en los medios de comunicación, acepta la crítica en tanto ésta no interfiera algunas de las líneas importantes que aquel se ha trazado (por ejemplo: la política exterior en el sexenio pasado, por las sabidas razones de un Nobel y una Secretaría);

d) Siempre da indicios del deterioro en las relaciones entre él y el cuarto poder: desde el ya no me hablan mis amigos burócratas hasta las llamadas preventivas y elípticas de altísimos funcionarios (—Si dejas de escribir tu segundo apellido—, dice la *deep throat* de este Watergate al revés. —No entiendo, dice Julio Scherer. No entiendo, se repite a sí mismo mientras cavila, Scherer García, García, mi segundo apellido, desconcertado ante la charada, con la bocina en la oreja y moviéndose frente al escritorio todo lo que permite el cordón del teléfono. No entiendo. —Es todo lo que te puede decir... pp. 119-20);

e) El rompimiento final llega cuando habiéndose entendido el mensaje éste es desatendido, ya sea argumentando la libertad de expresión (de suyo hipotética y como tal reconocida por *todos*) o queriendo medir la fuerza ante argumentos externos (no le conviene porque...) y que pierden su fuerza ante la contundencia de los acontecimientos que entonces se presentan.

Lo que queda claro en este terreno es que el grupo Scherer jugó con cartas marcadas (remarcadas) y perdió. ¿Podría haber sido de otro modo? A la luz de las limitaciones advertidas y de los hechos la respuesta es no. Se traspasaron los límites, lo cual se reconoce explícitamente cuando se visita al presidente electo y se manifiestan las intenciones de publicar una revista. ¿Cabría esperar, a partir de esta experiencia, que las cosas han cambiado? Tampoco, sería ingenuo esperar, dado los compromisos que implica la negociación del financiamiento de un nuevo diario (págs. 330 y ss. y 395). ¿Cambiarán alguna vez las cosas? ¿Cambiarán alguna vez el Sistema?

En el fondo, muy en el fondo, lo que se denuncia es algo en lo que también se cae, pues las argumentaciones que se aducen pueden ser vistas —y lo son muy a menudo—, desde su otra cara, frente al espejo, pero como aduciría hipotéticamente Leñero, citando a alguien muy caro a sus convicciones y creencias: el que esté libre de culpa...

### *El problema de la distancia*

¿Lo está Vicente Leñero? ¿Qué pretende el autor de *Los periodistas* al aludir por su propio nombre a los protagonistas de esta historia toda real y

poco ficticia? "Inútil pedir disculpas a quienes se consideren maltratados o mal comprendidos por el *narrador autor*. Inútil enmascarar con hipócritas advertencias los señalamientos contra quienes se apuntan las denuncias. El novelista se siente obligado a asumir con plenitud su relato y sólo apela a la complejidad de los lectores", declara el escritor en la página 9 (el subrayado es nuestro). ¿Pretende dar pruebas de su valor cuando en el propio libro ha mostrado cuán humano es ante las advertencias de peligro físico? Demiurgo: ¿aspira a desenmascarar a quienes poco previsores dependen de su fuente de trabajo? O, muy dentro de sus creencias (y dale), desea íntimamente en convertirse en el mártir primigenio del siglo xx. ¿Por qué vulnerar tantas conductas que por sabidas se callan? ¿Agrega verosimilitud a su libro de verdad-ficción? En suma, existe la distancia adecuada ("que sólo da el tiempo", *uff.*) para tratar y maltratar a quien debe (porque puede, lo ha demostrado). La respuesta no la da él mismo, en su propio libro: los buenos son buenos hasta en sus propias y muy humanas debilidades y los malos son malos porque han tomado-engendrado el papel de los malos. Si en este momento juzgáramos la composición de sus personajes tendríamos que decir que sólo hay indicios de estos (siempre en un sentido lingüístico), a no ser el atolondrado, eficaz, despistado, fiel, en suma: humano narrador de esta novela, para emplear el término desde el cual el autor quiere que juzguemos a su libro.

Este testimonio unidimensional, que debemos juzgar en tanto un punto de vista, convierte a su libro en un reportaje novelizado, en reportaje al servicio de una causa (la suya propia). Y como tal se debe leer y juzgar. Es lo que opina Leñero, y tanto derecho tiene a éstas y otras opiniones, pero sin olvidar que existen tantos puntos de vista como personas-personajes involucra. ¿Tendrán ellos —los "menos malos", al menos— la posibilidad de exhibir con la misma libertad que Leñero sus personales puntos de vista?

Leñero se equivoca (pastiche involuntario) cuando no ha querido "disfrazar con nombres ficticios y con escenarios deformados los personajes y escenarios del incidente", por demás conocidos por quienes pueden ser conocidos; falla cuando su distancia hacia el "CDG" se ve empeñada por los sentimientos (muy humanos) que éste le despierta. El libro, por tanto, pierde un poco de verdad histórica, de verosimilitud fictiva si valoramos desde este otro punto de vista su texto.

Leñero se equivoca, además, cuando el análisis lo enfoca hacia las personas y no al sistema (Ah, *el Sistema*), porque en el fondo del libro parece ser que el sistema nada tiene que ver con estas deslealtades, corruptelas, ambiciones, necedades, etcétera. Vicente Leñero salva al Sistema y tan sólo enjuicia a las personas que aquél engendra.

Esto se debe al problema de la distancia, como cuando cualquier cretino culpa a Echeverría de *todos* los males actuales del país, pues su visión histórica está deformada por el presente y no piensa en quienes (*junto con LEA*) elevaron a nuestro país hasta nuestra actual involución.

La hipótesis del novelista es indemostrable, aún en las cuatrocientas doce

páginas que usa para su desarrollo y comprobación. El error ha consistido en la distancia.

(Y sin embargo, qué importantes documentos nos ofrece para un estudio —futuro, siempre futuro— sobre la prensa en México. Atención, estudiantes de Comunicación, aquí hay tela para una tesis.)

### *Novela o reportaje*

Algo hemos aducido en torno a esto líneas atrás, sin embargo queda mucho por decir en esta recensión. Primeramente, Leñero conoce muy bien a sus personas-personajes, no así sus lectores, o al menos no los que no nos movemos por esos rumbos, esto lleva al autor a dar por sentado que con un detalle, una manía, un tic, etcétera, el lector tendrá la imagen completa y no distorsionada de la persona-personaje que se trata. Cae en la mala caricatura cuando olvida que cierta clase de literatura (¡ésta!) exige que se construya al personaje. Los lectores nos quedamos ayunos de personajes más no del directorio de personas con que se nos atraganta. El problema aquí es de selección.

Quizá lo más interesante del reportaje novelizado sean las técnicas narrativas que incorpora. Habíamos afirmado que *Los periodistas* es un amplio muestrario de procedimientos narrativos, y así es: en primer lugar la novela está contada desde diversas perspectivas, pero siempre *sujetas* a la del autor: se narra en primera, segunda y tercera persona, cada una tratando de describir la información que el novelista posee; usa el yo cuando está seguro de lo que cuenta, sean los propios sentimientos o las acciones en las que él participa; emplea el tú cuando quiere penetrar, como la conciencia del otro, en la subjetividad del "traidor", del "desleal" (Vid. "Insomnio", primer capítulo de la primera parte) y prefiere la distancia del artículo el cuando con la abundancia de testimonios escritos aspira a alcanzar la objetividad sobre la material. La novedad de incorporar en estos capítulos los reportajes, los artículos, los panfletos, los volantes, los informes administrativos y financieros que se escribieron sobre el asunto, y que uno está dispuesto a aceptar como un aporte a la novelística mexicana por parte de Vicente Leñero, se pierde ante el enfoque unidimensional y reiterativo con que estos materiales son incorporados.

Hay, a la manera del gran James Joyce, un capítulo de preguntas y respuestas ("Interrogatorio"), y el homenaje se completa con cuatro páginas sin puntuación (págs. 86-89 del mismo capítulo) que no pueden menos maravillarnos sobre las habilidades de Leñero, como la farsa sobre "Los inos", muy bien construida y todavía mejor aprovechada; sin embargo, cuando llegamos aquí, como al último capítulo ("Futuro"), el empacho formal y la letanía monacorde nos impide apreciar en todo lo que vale este *tour de force* que ha emprendido el reportero-novelista.

No todo acaba aquí porque también se incorporan otras técnicas, la de la novela objetal, por ejemplo, y otras que de tantas perdimos la cuenta.

Muy bien, ¿y todo esto para qué? ¿Coadyuvan en algo a la "novela"? No; y ahora se por qué Leñero, a pesar de ser tan buen narrador (y constructor, recuerden *Los albañiles*, *El garabato*, etcétera; *Los periodistas* está estructurada con capítulos que avanzan y retroceden en el tiempo, lo cual agiliza la lectura de su novela y "pica" a su lector) no gusta, y es que es muy frío, aún en esta novela en la que sus afectos y sentimientos participan de modo tan inmediato. Quizá, me atrevo a dudar ante mi propia afirmación, a ello se deba la falta de reseñas favorables aunque no profundas, éste es otro cantar, de que se queja en la entrevista que le hace doña Cristina Pacheco en *Siempre!* No gusta Leñero porque el Ingeniero (calculador) se impone al Arquitecto, aun en esta obra en donde todo él es parte muy importante, insisto.

—Bueno, señor Mendoza, ¿salva usted a los "inos" y a los invisibles?— De una cosa estoy seguro, que yo no escribiría sobre ellos y tampoco firmaría, si esto fuera posible, este reportaje novelizado.

Junio de 1978